



Conocía, por lo tanto, de primera mano, la labor y el estilo de los religiosos en contacto con los jóvenes, y también la intimidad de su comedor. Ambos ámbitos me resultaban sumamente atractivos.

Lo único de lo que no tenía conocimiento era de la Comunidad Viatoriana tal y como la conocemos ahora. Sabía de la existencia de miembros seculares, eso sí, pero prácticamente nada más. La esencia de mi vocación viatoriana es religiosa.

El descubrimiento ad intra del universo de la Comunidad Viatoriana y de los viatores seculares, vino ya desde el noviciado en Escoriaza. También durante una experiencia comunitaria previa a la primera profesión, en Madrid, en Fátima. Posteriormente, ya profeso, nueva experiencia en San Viator de Madrid y otra vez en Escoriaza. Ya he dicho que mi vocación era, –y es–, religiosa. Pero la comunidad mixta hacía aportes en todos los casos ilusionantes. Una visión diferente, complementaria y enriquecedora de lo viatoriano que ampliaba de manera exponencial el ámbito comunitario, tanto en la misión, como en las relaciones. Una manera diferente de *estar en el mundo*, porque este modelo de comunidad nos acerca a las personas de nuestro tiempo, retira barreras y provoca curiosidades en el entorno. Solo por ello, habría que decir que vale la pena.



Comunidad viatoriana Padre Querbes. Vitoria

Posteriormente, mi comunidad mixta actual me descubrió la corresponsabilidad y las relaciones duraderas. Llegué a la comunidad viatoriana Padre Querbes, en Vitoria, y me encontré con un ritmo, un proyecto quinquenal, un Plan Comunitario de vida, una misión y un estilo que daba personalidad y carácter a la comunidad.

Todo ello, mantenido por los y las viatores seculares. No porque los religiosos hicieran dejación de sus funciones, no. Sino simplemente, porque son los miembros seculares quienes permanecen en la comunidad, quienes le dan coherencia y continuidad, manteniendo un proyecto siempre en marcha. Quien llega de nuevo, simplemente se incluye a lo ya existente.

Así fue y es en mi comunidad actual. Ha pasado el tiempo y han variado muchas cosas, tanto del proyecto, como de la misión de la comunidad. Muchos de sus miembros han cambiado, tanto religiosos como seculares. Se han incorporado hasta ocho nuevas vocaciones... Pero la personalidad, el ritmo, el carisma, la misión, la preocupación por la formación, la fraternidad se mantienen bien reconocibles. Y la comunidad en conjunto, mantiene sus referencias más allá de los cambios, con un proyecto quinquenal escrito.

La cercanía, la afectividad, la confianza y el apoyo mutuo son también pilares muy presentes y fundamentales, como consecuencia de una relación dilatada en el tiempo, en la calidad de la relación y en la exigencia de la misión. Todo ello tiene reflejo al exterior, y estoy convencido que constituye la mejor estrategia vocacional que podemos ofrecer.

## **ALGUNOS DATOS**

Una de las sensaciones principales con que me quedé tras el Congreso de Haití del verano de 2015 fue que la Provincia religiosa de España es la única que no tiene jóvenes. Si a ello añadimos la media de edad -que se acerca a los setenta años-, como barrera divisoria con ellos, dan, a primera vista un panorama muy pesimista, si no desolador, de futuro.

No somos los únicos. Todos los Institutos acusan la falta de vocaciones. Dos mil religiosos menos cada año, según datos de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica.

La Provincia CSV de España, sin ir más lejos, contaba con 164 religiosos a principios del año 97, por los apenas 80 que estamos ahora.

Todo parece apuntar que a medio plazo, la vida religiosa que conocemos se extinguirá.

Podemos culpar a la sociedad, o al ambiente, o a la pérdida de valores. Pero si afirmamos la creencia en el Espíritu Santo, y que continúa ahora y siempre actuando, el dato tozudo es que el Espíritu Santo actúa por otros derroteros diferentes a los tradicionales.

Pienso que ello nos ha de conducir a otro tipo de lectura de la realidad. Quizá debamos confiar en ese actuar actual del Espíritu y tratar de descubrirlo desde otra perspectiva. Abrir nuestra mente y sobre todo nuestro corazón ante lo que se ofrece a nuestros ojos. Poner nuestra atención en descubrir aquello que el Vaticano II llamaba "Signos de los tiempos". Y que hoy, y en nuestra situación, pienso que es un sano ejercicio. Asomémonos a la realidad que nos rodea. Probablemente descubramos una serie de evidencias que nos den pistas para el futuro. Aferrarse al pasado negando el presente, creo que es cuidar a la única oveja que nos queda en el redil, en tanto que las noventa y nueve restantes andan perdidas por el monte.

## ALGUNAS PISTAS

El propio Concilio animaba a un retorno a las primitivas fuentes cristianas o abogaba por una eclesiología de comunión o ponía su acento en el “Pueblo de Dios” como ámbito natural de desarrollo cristiano. Aquello, en su tiempo, no era sino un cúmulo de buenas intenciones, pero desde el convencimiento de que era necesario un cambio interno frente a los cambios externos que a corto y medio plazo iban llegando o se veían llegar de manera inexorable.

Desde estos consejos, hubo y hay bastantes iniciativas puestas en marcha –recordemos por ejemplo las comunidades de base o algunas sociedades de vida apostólica-. Y nosotros mismos, al reformar la Constitución en 1978, incluyendo el punto 1.5 en el que se abre la posibilidad a la existencia de viatores con otro tipo de vocación de vida, pero con el mismo carisma. En nuestro caso, hace mucho tiempo que la iniciativa dejó de ser un experimento. Las comunidades mixtas se han ido consolidando a través de los años, adquiriendo una personalidad propia y



diferenciada en misión y estilo. Lo que en principio era una tutela de los religiosos, pasó a ser un ámbito igualitario de hermanos. Situación que, por otra parte, es un síntoma de que las cosas se han hecho bien, y de que el proceso ha sido correcto. Porque no parece que podamos hablar de comunidad de hermanos cuando las relaciones son asimétricas.

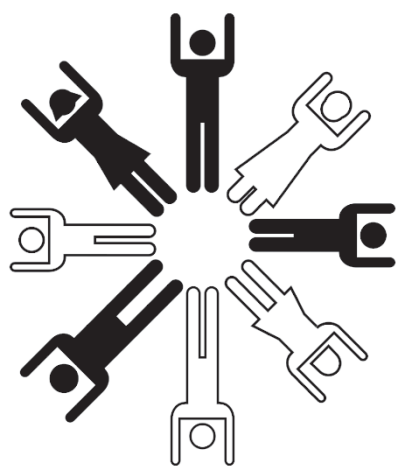
En sintonía con ello, apareció la Comunidad Viatoriana, que supone un cambio lógico, pero un tanto radical al planteamiento inicial de la Constitución del 78. En lugar de que sea la Congregación religiosa quien admite miembros seculares, se crea un espacio nuevo, igualitario y común, entre religiosos viatores y seculares viatores.

Conviene aquí aclarar los términos “igual y común”. En primer lugar, los viatores seculares no son nuevos. Están a la raíz de lo que el P. Querbes planteaba inicialmente al hablar de “Cofradía” – todos igualmente viatores, de los cuales algunos hacen votos religiosos-. Es decir, una institución común, en la que el hecho de tener o no votos religiosos no era obstáculo para la igualdad de sus miembros. Esta idea de la Cofradía es sin duda alguna, previa a la de Congregación religiosa. Y es lo que el P. Querbes defendió hasta que tuvo que optar por una Congregación religiosa, o por nada.

En segundo lugar, para entender la idea de igualdad, conviene distinguir alguna cosa. Creo que nadie pondrá en duda nuestra condición de ser todos “Hijos de Dios”. Todos somos igualmente hermanos. Es decir, que la primera tarea que tenemos al formar una comunidad consiste en la dignidad de ser igualmente hijos y hermanos “...Y no llamáis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el que está en los cielos”, (Mt. 23,9). Somos hermanos/as y compañeros/as por la elección de alguien mayor que nosotros, por la acción integradora del Espíritu que desafía las normas sociales e instala el amor (ágape) como norma de conducta comunitaria

Es una igualdad doméstica, pero fundamental: *“en esto conocerán que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.”* (Jn. 13,35).

Una comunidad que se quiere y funciona en armonía es el mejor ejemplo vocacional que podemos ofrecer. Cosa que además no tenemos que fingir. La acogida y la alegría son datos comunes a los viatores de todo el mundo. Se perciben con facilidad y son parte fundamental de nuestro carisma y nuestro principal atractivo (recordemos que carisma, en griego, significa atractivo).



En tercer lugar, no conviene confundir el “ser” con el “hacer”. En la tarea, en la misión, en las responsabilidades, es evidente que existen diferencias (1Cor. 12), cada cual ha de poner sus talentos al servicio del Reino de manera distinta y con responsabilidades distintas. En esto no puede haber igualdad, aunque sí corresponsabilidad. Por eso, si el acento lo ponemos únicamente en el hacer, nuestra relación será simplemente “funcional”. Un equipo de trabajo, no una comunidad y por ende, obligatoriamente asimétrica, haciendo difícil la fraternidad cristiana correctamente entendida.

Entender la igualdad en sentido funcional desenfoca todo el planteamiento. No se igualan las responsabilidades ni los talentos. Ni deben igualarse. Se igualan los hermanos, simplemente por su condición común de hijos de Dios.

Esta igualdad en sentido fraterno, como hijos y hermanos, nos sitúa en la relación, en lo que una comunidad es, lo ilumina.

Es más, aunque tenemos la misión como el elemento principal de nuestra vocación, (*“somos para la misión”* es una frase que hemos oído muchas veces), a uno le da la impresión de que hay un cierto “equivoco” teológico en ello. Acordando que nuestro dato primario de fe es el de ser Hijos de Dios (creo que admite pocas dudas). No parece que un padre-madre aprecie a sus hijos primariamente por lo que hacen, sino por lo que son. O más claro aún, una madre o un padre tienen hijos. No operarios. O dicho de otra manera, nuestra misión primera es construir -fomentar-, comunidad, como medio privilegiado de anuncio de Jesucristo y su Evangelio.

Aún admitiendo que es muy importante lo que se hace, -ni teológicamente, ni humanamente-, parece ser lo primero. (Jn. 13,35). La primera misión será ser hijos y hermanos, aunque la actividad, las tareas, sea lo que más tiempo, esfuerzo y probablemente desgaste, suponga. Lo que quiero decir, es que el trabajo no puede minimizar ni sustituir a la comunidad. Son ámbitos distintos, y conviene tenerlo presente.

Tampoco es sano que las tareas monopolicen nuestros espacios. Ello, creo que termina poniendo en cuestión nuestra dimensión humana y religiosa. No podemos permitir que las tareas nos saquen del ambiente comunitario, de la misma manera que una persona casada debe evitar que el trabajo le saque de su pareja y de su familia.

En muchas ocasiones he recordado algo que un salesiano, sacerdote y psiquiatra, nos dijo en un curso de formación de novicios: *“tal y como sean tus relaciones con tus hermanos, así lo son con Dios”*. A mí, al menos, me da que pensar.

La conclusión, creo, es evidente. Tenemos una Comunidad Viatoriana muy desarrollada, que coincide con los deseos más profundos del Concilio Vaticano II, recoge el espíritu de las primitivas comunidades, genera vocaciones (en Vitoria ha habido en los últimos quince años una media de una vocación al año, con una perseverancia superior al 90%), es fiel a la intención del Fundador, coincide con la misión viatoriana expresada en la Constitución y enriquece de forma exponencial el carisma con la variedad de vocaciones. (Hago aquí un inciso, porque en más de una ocasión me ha llegado el mensaje de que la Comunidad Viatoriana fagocitará la Congregación religiosa. Gran error. Una de las grandes riquezas de la Comunidad Viatoriana consiste en la variedad de vocaciones. Por eso, una comunidad viatoriana sin viatores religiosos o sin viatores seculares resulta incompleta. Pierde una parte importante de su carisma. Cuantas más vocaciones diferentes se encuentran en ella, tanto más viatoriana es, sin duda. Por ello, una de sus grandes tareas será mantener, por todos los medios a su alcance, al menos la vocación matrimonial y la religiosa, sin perjuicio de otras. Si tal y como parece, la vida religiosa camina a su fin, los viatores habrán perdido una parte fundamental de su carisma sin ella).

Pero sin embargo, no será el fin del carisma si conseguimos que la Comunidad viatoriana siga su curso. Y no lo será, porque lo que tenemos entre manos es nuclearmente cristiano. Fiel a la tradición a la primitiva iglesia (Lc 8,1-3; Mc 15,40-41; Hech. 12,12). , siendo un modelo actual de las comunidades paulinas, fiel a la línea marcada por el Vaticano II, fiel al magisterio papal (Evangelli Nuntiandi 58), fiel al carisma, y a los signos de los tiempos.

De todo ello, resulta un futuro ilusionante. Una oferta atractiva que no deja indiferente y que crea interrogantes en torno, que suscita adhesiones, y que hace mirar de otra manera a una Iglesia aún excesivamente piramidal a pesar de los pasos dados en estos cincuenta últimos años.

No puedo acabar sin hacer un inciso fundamental. La vida religiosa, ya lo hemos dicho, está en peligro. Los lugares en los que aparecen vocaciones religiosas son escasos. Vocaciones seculares sin embargo, aparecen con cierta regularidad en todas nuestras inserciones, constituyendo en algunas el único camino claro de futuro. Si queremos asegurar tal futuro, y con él lo viatoriano, necesitamos apostar por la formación de una manera decidida. No basta únicamente el capital humano para mantener nuestro carisma. Es imprescindible que esté formado en todos los ámbitos para que sea capaz de asumir responsabilidades, de hacer misión, de anunciar a Jesucristo y su Evangelio y de suscitar comunidades donde se viva, se profundice y se celebre la fe. Incluso me parece imprescindible para formar una comunidad igualitaria.

Sin formación no existen los guías ni el núcleo viatoriano que el P. Querbes en su tiempo pensaba que sólo aportarían los sacerdotes y religiosos de la Comunidad. Pero que hoy sabemos que no

es exclusiva de los clérigos. Los “bien formados” sabrán en su día orientar al resto de sus hermanos en cómo mantener el carisma viatoriano con más o menos religiosos, o incluso sin ellos.

Por eso, la formación pienso que es el elemento clave en el que tenemos que invertir. Diría que ahí nos jugamos el futuro. Tenemos los medios. Invirtámoslos bien.

### **CONCLUYENDO**

Hoy me sería muy difícil concebir mi vocación sin la referencia a la Comunidad Viatoriana. Por muchas razones. Por la vivencia de la fraternidad, por su esencial dimensión eclesial, por su fidelidad al carisma y a las primeras comunidades cristianas, por la forma de vivir la fe que conlleva, por las relaciones humanas, por la riqueza de vocaciones complementarias, por su misión y la forma de desarrollarla y por ser nuclearmente cristiano y viatoriano. Y sobre todo, plenificante y ámbito privilegiado de vivir nuestro ser cristiano.